



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 13

CTX 101 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA

Mora Rodríguez, Arnoldo. “El tema del hombre en la filosofía del siglo XX”. En *Perspectivas filosóficas del hombre, 187-200*. San José: EUNED, 2006.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre, 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

3. EL TEMA DEL HOMBRE EN LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XX

Los inicios del presente siglo tienen en las provincias del decadente Imperio Austro-húngaro y en el Sur de Alemania el epicentro de los cambios culturales y científicos, filosóficos y conceptuales más significativos, y que marcarán todo el siglo que comienza. Serán, sobre todo, las comunidades judías que recién alcanzan sus derechos ciudadanos y tienen libre acceso a los centros de educación superior los que produzcan las figuras más representativas de esas nuevas concepciones intelectuales, que habrán de transformar el arte y la literatura, la música y las ciencias humanas, la filosofía y la física. La mayoría de esos cambios tendrán como epicentro la capital del Imperio Austro-húngaro, Viena.

En los inicios del siglo se inicia en Viena la total transformación de la estética tradicional en las artes musicales con la tonalidad de Arnold Schoenberg. En esa misma Viena, las sinfonías de Gustav Mahler crearán el expresionismo y llevarán a sus límites la tradición sinfónica del siglo XIX. Proveniente de Praga, terminará sus días en Viena otro judío, Franz Kafka, cuya obra literaria será el anuncio del existencialismo. Crea un mundo de antiutopías mediante obras que son una mezcla de ensayo y novela, ficción y autobiografía de un profundo y desolador sentido trágico. Proveniente del Sur de Alemania, en Berna el joven Einstein elaborará la teoría de la relatividad, que habrá de cambiar todas las concepciones básicas de las ciencias físicas de nuestro siglo. En el plano filosófico, el Círculo de Viena, compuesto por judíos provenientes de las ciencias físicas, desarrollarán las teorías de la filosofía de la ciencia que más influencia habrán de ejercer en nuestro siglo.

En sus experiencias con pacientes que venían a su despacho privado, Freud fue descubriendo que la raíz de todos los conflictos psíquicos de índole sexual provenían de un conflicto entre las exigencias de la moral de autoridad enfrentadas a una tendencia natural al placer. El aparente triunfo de las primeras hacía reprimir a la segunda, pero ésta no desaparecía, sino que se manifestaba bajo formas camufladas o, para decirlo en su lenguaje, sublimadas. Cuando esta sublimación no bastaba y el conflicto se agudizaba, surgían entonces los comportamientos anómalos llamados neurosis.

Este diagnóstico clínico le llevó a elaborar una concepción del hombre individual, que luego se extendió a todas las esferas del ser y quehacer humanos. Como todo ser viviente, el hombre posee una tendencia natural a la vida, a vivir y transmitir la vida. Pero la vida es, al mismo tiempo, lucha por la vida, por la sobrevivencia, por lo que el instinto de agresividad o muerte es igualmente natural en el hombre. Lo que diferencia al hombre del animal es que el hombre actúa no por satisfacer el instinto, sino por el placer que dicha satisfacción trae aparejada. La "libido" es precisamente esa energía psíquica que despliega en la búsqueda del placer por el placer. Pero el hombre descubre con su razón consciente el principio de realidad, es decir, que la sed de placer es infinita, pero sus posibilidades de satisfacción están limitadas, son siempre finitas. De ahí que elabore una estrategia de tipo económico: se trata de hacer el mínimo de inversión o sacrificio para lograr el máximo de utilidad o beneficio. Pero, en esta lucha consciente de nuestra razón, nunca se puede satisfacer ni gastar toda la descarga energética generada por la libido, de modo que siempre hay un superávit y sobrante que se rechaza. Pero, al ser rechazada, no por ello desaparece la libido; se mantiene como carga de energía, pero va a otra instancia de nuestro psiquismo: el subconsciente, que se convierte así en el depósito almacén donde se acumulan todas nuestras represiones libidinales. Pero como la libido es energía y, según la primera ley de la termodinámica, la energía no se destruye, sino tan sólo se transforma, esa descarga libidinal rechazada va a presionar para ser satisfecha. Si no lo logra en forma directa, lo hará creando un ropaje aceptable para nuestro yo consciente. De ahí nace todo el mundo de nuestros sueños, toda nuestra capacidad onírica, es decir, de forjar símbolos que expresen la dimensión existencial de nuestra experiencia vivida. El hombre expresa todas estas sublimaciones de su libido a través de todas las formas de la cultura, a través de todos los valores del espíritu.

Para Freud, el hombre es una realidad extremadamente compleja. Tres son las instancias de que se compone: el Ello o parte instintiva ("impulso"), dividida en dos tendencias en conflicto: la tendencia a la vida o "Eros", y la tendencia a la destrucción o "Thanatos", tendencia de muerte. El "Ego" o yo consciente, que genera el difícil equilibrio, siempre en amenaza de ruptura, que representa la estrategia de economía y que da origen al principio de realidad, que establece el conflicto entre las exigencias infinitas de la libido y las posibilidades finitas de la realidad. Finalmente, existe la instancia del subconsciente dominada por el "Superego" que mantiene el control de nuestros impulsos libidinales incluso en la esfera del mundo de lo reprimido.

La sexualidad no debe entenderse únicamente como genitalidad. Toda nuestra conducta está impregnada y dinamizada, como por un motor fundamental, por la ley inexorable del

placer. Cuando el placer no se satisface transmitiendo o creando la vida, se muestra como instinto de destrucción, como placer por el dolor y la muerte. Freud llama a eso sadomasoquismo, entendiendo por sadismo el placer de hacer sufrir, y masoquismo en la tendencia a encontrar placer en sufrir o en que a uno le infrinjan sufrimiento. La violencia de la historia está llena de esos casos, de modo particular en los movimientos político-militares impregnados de una gran dosis de fanatismo e histeria colectiva, como le tocó vivir y sufrir a Freud durante el ascenso y ejercicio del poder del nazifascismo. De ahí que Freud, sobre todo a medida que avanzan los años, asuma una actitud más y más pesimista respecto del futuro de la humanidad y de la civilización. Encuentra que nuestra sociedad moderna muestra signos evidentes de tendencias destructoras, que pueden generar el terror en forma tan masiva como no lo ha conocido la humanidad hasta el presente. Solo creando una sociedad donde el principio del placer vuelva a equilibrar las tendencias de muerte o destructoras, puede llevarnos a un futuro de paz, aunque Freud se muestra con frecuencia amargado y pesimista.

Freud explica las neurosis o comportamientos anormales por represiones no debidamente sublimadas de la libido. Las neurosis llevan a un retroceso de nuestro comportamiento, a un regreso a fases de etapas propias de nuestra infancia. Freud las llama "fijaciones" cuya característica fundamental es un regreso al estado indiferenciado del narcisismo infantil. El narcisismo o tendencia a enamorarse de sí, que convierte al niño en centro de todo el mundo que le rodea, lleva al adulto neurótico a separarse de ese mundo circundante, a perder el sentido de la realidad, y a confundir o tomar como realidades concretas lo que son tan sólo sus fantasías, fantasmas, temores, angustias y delirios. Sin embargo, esto se da en casos patológicos o de evidente distorsión de nuestra conducta. En la vida cotidiana también tenemos permanentemente "lapsus", actitudes que reflejan fobias o rechazos subconscientes como el temor o placer ante determinadas sensaciones externas, como olores, colores, personas, lugares, etc. Freud los analiza en lo que llama "Psicopatología de la vida cotidiana".

Pero Freud no explica con sus teorías solamente la conducta del hombre individual. Freud hace también una teoría de la sociedad y de la cultura a partir de lo que llama "el complejo de Edipo". Las primeras personas que descubrimos son nuestros primogénitos. Frente a ellos tenemos una relación de amor, pero, a medida que descubrimos las diferencias sexuales en nuestro cuerpo y en el de las personas que nos rodean, el niño aprende a diferenciar al padre de la madre y a tener una relación libidinal diferente con uno y con otro. De modo particular, el niño varón se enamora de su madre, pero ve en su padre a un rival que le comparte ese amor. Por eso, el niño varón genera una actitud ambigua hacia su padre: le ama y admira, al mismo tiempo que le odia y le teme. Este es el "complejo de Edipo". Cuando el varón crece y se hace adulto, esta misma relación edipal la establece con todo aquello que prolongue la autoridad paterna, tal como todas las formas de autoridad en todos los campos. Esto explica en buena medida la violencia bajo todas sus formas de que nos habla la historia del pasado y la realidad circundante. El complejo de Edipo también está a la raíz del "tabú del incesto" como base de la institución ética y social básica de la convivencia humana: la familia. Al establecer el carácter inviolable y sagrado del lecho materno, la sociedad debe

establecer normas particularmente severas para que se respete de manera absoluta esta norma. Los vínculos de parentesco nacen de allí y buena parte de la trama social y moral que da origen a la cultura de los grupos que conforman la sociedad humana.

El complejo de Edipo explica también, según Freud, el origen de las religiones. Según Freud, la horda o pueblo primitivo estaba sometida a la autoridad despótica de un padre que se comportaba como un padrote que prohibía a los varones la relación con las mujeres del grupo. Esto llevó a un levantamiento de los varones que culminó con el parricidio o asesinato del padre. Pero, al darse el parricidio primigenio, se generó en la horda un complejo de culpabilidad, pues como hemos visto, el complejo de Edipo establece no sólo el odio hacia el padre, sino también su amor y admiración. De ahí que el grupo culpable produjera una serie de ritos, con el fin de devolver a la vida, de manera onírica o simbólica, a un padre cuya fuerza se deseaba y cuyo poder se hacía tanto más grande, cuanto mayor era el complejo de culpa y la distancia en el tiempo. En el fondo, aún con el asesinato, el hijo sólo desea ser idéntico a su padre, por eso inventa todos los ritos o ceremonias para identificarse con su espíritu y para poseer su fuerza, para ser como él. El hijo diviniza al padre, lo convierte en un ideal inalcanzable, precisamente porque, entre más cerca se siente de él, más lo aleja su complejo de culpa. Esta contradicción no se resuelve nunca. De ahí la necesidad de reiterar siempre los ritos y de mantenerlos fijos en el tiempo mediante normas o rituales inmutables y celosamente guardados por secretos iniciáticos. En gran parte, la vida política, en todas sus manifestaciones, no es más que una secularización de esos rituales ancestrales de origen religioso. El hombre siempre se nutrirá de ritos y mitos, sean éstos religiosos o políticos, sagrados o profanos, provenientes de la admiración de las masas a sus ídolos, cualesquiera sean éstos.

La novedad y audacia de las ideas freudianas de inmediato provocaron una especie de revolución en todos los hombres cultos de la primera mitad de este siglo. Multitud de movimientos culturales, filosóficos y científicos se han nutrido desde entonces de la herencia freudiana. Una nueva imagen del hombre emergía así de la clínica y del cerebro del Dr. Freud. Pero Freud partía de la ciencia, incluso de la ciencia física aplicada a la conducta humana. El hombre aparecía como un laberinto lleno de complicaciones que no era capaz de ser descifrado por formas estrictamente racionales o científicas, como el arte. Una nueva corriente estética surgirá de estas interpretaciones: el surrealismo, que revolucionará todas las expresiones del arte, al hacer de éste no una expresión de nuestra racionalidad, sino un simbolismo creado por nuestras pulsiones subconscientes. El arte tendrá más cercanía al sueño que la realidad que palpan nuestros sentidos. El arte buscará reflejar lo que siente nuestro yo interior y no lo que percibe nuestro cuerpo exterior. El arte será una búsqueda de sí mismo a través del buceo de ese Mar de Sargaso que es el oscuro mundo de nuestro subconsciente. Por eso, sólo se le entenderá no cuando lo percibamos con el análisis racional, sino con la intuición que provoca el sintonizar en la misma actitud existencial, el comprender como experiencia humana y como simple análisis objetivo de situaciones. La obra de arte será así objeto de diversos niveles de lectura, según sea lo que su simbolismo nos sugiera. La obra de arte no será un universo cerrado, sino un interrogante, un mundo hu-

El método fenomenológico logró un gran éxito y los discípulos de Husserl se multiplicaron, aplicando sus ideas a la interpretación de los diversos niveles de comprensión de la existencia vivida. Así, Max Scheler lo aplica al sentimiento; en Francia, Merleau-Pontu lo hace a la percepción sensible; y Paul Ricoeur, a la voluntad. Diversos autores lo hacen a la experiencia religiosa y algunos a la ciencia. Todos preguntándose cómo se realiza el hombre en cuanto hombre a través de la dimensión existencial que estudian. Se da en todos los casos lo que estos autores llaman “ontologías regionales”, es decir, aspectos parciales mediante los cuales el hombre se realiza como tal: sentimientos, voluntad, imaginación, percepción sensorial, todo para buscar la manera cómo el hombre da sentido a su existencia construyendo un mundo de significaciones humanas.

Todo esto nos aparece como el preámbulo de la cuestión fundamental, que desde las primeras páginas de este libro constituye el eje central de toda nuestra reflexión: ¿cómo debemos concebir al hombre? ¿Qué es el hombre? ¿Cómo éste se experimenta a sí mismo y da sentido a la vida? Respuesta que el hombre sólo puede encontrar en sí mismo, dilucidando la existencia, explicitando el sentido de la misma, poniendo en patencia los diversos niveles de comprensión de lo real y, sobre todo, de sí mismo. Sólo partiendo de la pregunta por el hombre podemos responder a la pregunta general, a la pregunta por excelencia de la filosofía, la pregunta por el ser. Porque la pregunta por el ser, por lo existente, sólo procede y brota del hombre, sólo encuentra su hogar y su cuna en el hombre mismo. Por eso, sólo planteando la cuestión sobre su propio ser, sobre su condición de existente puede el hombre responder a esta cuestión que, por ello mismo, deja de ser una cuestión abstracta para convertirse en la cuestión en que va en juego su propio existir, su propio destino.

C) HEIDEGGER: ONTOLOGÍA Y EXISTENCIA

Tal es el punto de partida de la filosofía de la existencia más importante del presente siglo, la filosofía existencialista del pensador alemán Martin Heidegger (+1976). Se trata de ver los sistemas filosóficos más significativos de nuestro tiempo y que mejor expresó las grandes crisis que en la cultura provocaron las dos grandes guerras mundiales y la barbarie fascista. A través de su pensamiento podemos penetrar con hondura y lucidez en los profundos recodos del alma del hombre contemporáneo, a pesar de que su pensamiento, con frecuencia, se expresa en una terminología muy propia y, a veces, incluso hermética. Sin embargo, Heidegger representa uno de los momentos culminantes de la filosofía de nuestro siglo, y su pensamiento ha ejercido considerable influencia en los más variados círculos del pensamiento y del arte de nuestros días. Su influencia aún es notable.

Como Kierkegaard, Heidegger afirma que lo esencial como actitud filosófica básica es la búsqueda de la autenticidad, tanto más importante, cuanto que no se posee como punto de partida. La situación del hombre es una situación de inautenticidad o “caída”. El hombre está perdido entre las cosas, su palabra se ha vuelto palabrería, su pensamiento no refleja su existencia, sino el “se” anónimo (“se dice”, “se piensa”, “se opina”, etc.), que en el fondo

Podríamos preguntarnos, entonces, qué sentido tiene el existir, si nuestra condición se nos revela tan precaria, si la angustia nos acompaña siempre, a pesar de que tratemos de evadirla por la charlatanería, la inautenticidad y el huir fuera de sí. La respuesta de Heidegger es que el descubrimos como somos en nuestra angustia crea las condiciones para la autenticidad que nos permite crearnos, crear el mundo como palabra, como poesía en el sentido griego de la palabra: como acto creador y fundante. El hombre es el pastor del ser, allí donde el universo adquiere su sentido que el hombre expresa por su palabra creadora, por su poesía. Y Heidegger concluye en sus últimos escritos toda su indagación filosófica, recordándonos la palabra del poeta alemán Hilke: “Es poéticamente como el hombre habita sobre la tierra”.

La última palabra de Heidegger no es de desesperación y absurdo, sino de invitación a la autenticidad creadora, es un acto de fe en el hombre como ser capaz de crear creándose, palabra poética, es decir, creadora. Es así como el hombre da sentido a su existencia y, con ello, da sentido al ser, a lo que existe. Creando un mundo, el hombre recrea de cierta manera la totalidad, le da sentido, convierte el mundo de objeto extraño en lugar habitable, en hogar. A través de su existencia auténtica, es la existencia del Universo la que adquiere significación. El humanismo occidental ha encontrado en Heidegger su plena realización.

D) JEAN PAUL SARTRE: EXISTENCIA Y LIBERTAD

Sin embargo, más que este último período de la obra de Heidegger, fue el primero, más fundado en el análisis existencial, el que influenció a buena parte de sus contemporáneos. Uno de ellos es el más importante filósofo existencialista francés, célebre escritor y Premio Nobel de Literatura, considerado una de las personalidades más significativas de nuestro tiempo en el plano cultural: Jean Paul Sartre (†1980). Sartre, sin embargo, dará un mayor acento a los problemas éticos de nuestro tiempo y a una búsqueda de la libertad para el ser humano, que lo llevará incluso a una actividad política muy comprometida, allí donde él considere que se pisotea esa libertad o se violan los derechos humanos.

Al igual que Heidegger, Sartre parte de nuestra condición de inautenticidad de la que el hombre se libera por la experiencia existencial fundante de la “náusea”. Por esta experiencia, yo me descubro como ser arrojado a la existencia, sin otra compañía que mi sola y única libertad, por la cual doy sentido a la vida que quiero. El hombre está solo en el Universo, pues Dios no existe. La experiencia de la náusea es la experiencia de mi libertad como destino ineluctable. El hombre está condenado a ser libre, a partir de sí mismo, a ser hijo y padre de sí mismo, a no tener otro fundamento que el acto de su propia libertad por el cual se asume como ser fundado en sí que busca ser plenamente para sí. Pero la libertad es también la experiencia de nuestra nada, de nuestro vacío, pues nos descubre la existencia como “éxtasis”, como salida de sí en medio de las cosas y de los otros.

Pero la libertad no es sólo el sueño imposible de ser plenitud, de ser (Sartre lo llama el proyecto imposible de ser-en-sí-para-sí). También es entera responsabilidad no sólo de lo

que hacemos previendo sus consecuencias, sino incluso de las consecuencias no previstas de nuestros actos. Por la libertad damos sentido a la existencia y a todo lo que es, como decía Heidegger, pero también introducimos por nuestra acción una nueva realidad que no existiría, si no fuera por esa misma acción. De modo que esto nos hace enteramente responsables de las consecuencias previstas e imprevistas de nuestros actos. Esto nos hace culpables. Pero el ser culpables es incómodo. El hombre trata de salir de esa situación tratando de evadir responsabilidades, buscando un chivo expiatorio, haciendo recaer sobre otros, sobre las cosas o la naturaleza, sobre fuerzas anónimas la causa, pero en el fondo, es nuestra entera responsabilidad. A esta falta de autenticidad Sartre la llama “mala fe”, mediante la cual hacemos a los otros o a lo que nos rodea, responsables de nuestros actos o de sus consecuencias.

La experiencia existencial fundante de la mala fe es la mirada. Por la mirada fundamos un mundo de violencia, al proyectar sobre el otro una intencionalidad de negación de su condición de igual. Por la mirada reducimos al otro en su condición de persona y lo convertimos en cosa, lo vemos como objeto y lo destruimos como libertad, como capacidad de crearse. La mirada, dice Sartre, “cosifica”. Pero el otro tiene el mismo poder de devolvernos la mirada y con ello pagarnos con la misma moneda. Por eso, dirá Sartre, en una célebre obra de teatro: “El infierno son los otros”.

Sartre denuncia la sociedad burguesa como una mirada multitudinaria e institucionalizada. La sociedad se convierte así en un sistema cerrado, que niega nuestra libertad en la medida en que fija rígidamente lo que es permitido y lo que es prohibido, establece jerarquías y norma toda forma de comportamiento. En última instancia, recurre a Dios como garante supremo de ese orden deshumanizante. Pero Dios no es más que el ocultamiento de la mala fe pura, en la medida en que se vuelve en ojo que mira y clasifica, negando con ello nuestra libertad. Pero en la medida en que el hombre descubre su libertad como capacidad de crearse en su soledad, el hombre mata a Dios, lo hace innecesario y restituye para sí su existencia como libertad, es decir, como capacidad de darse una esencia, de ser dueño de sí. Toda la obra de Sartre se convierte en una lúcida y severa denuncia de toda forma de impostura, de negación de la libertad y de denuncia de la mala fe. Para llegar a un mayor público, Sartre recurre con frecuencia al teatro y a la novela, al guión de cine y al ensayo periodístico. Tuvo una revista que ejerció una considerable influencia en los medios intelectuales de Europa. Toda su producción, al mismo tiempo que sus novelas y ensayos, hicieron de él una de las celebridades literarias de nuestro tiempo. Sartre fue la conciencia crítica de su sociedad y de su época. Su experiencia un tanto amarga solo es explicable por los tiempos que le tocó vivir, que fueron los de la II Guerra Mundial y de su postguerra.

Si bien el pensamiento existencialista, en sus principales representantes alemanes y franceses, constituye un grito amargo de denuncia y de búsqueda de una mayor autenticidad, se concentra en una filosofía subjetivista e individualista que sólo hace énfasis en la libertad y responsabilidad personal. Si bien esto era necesario en una época en que la masificación de la propaganda totalitaria del fascismo había llevado a Europa a la catástrofe de la más

espantosa guerra de la historia de la humanidad, nuestros autores sólo recurrían a la tradición humanística del pensamiento filosófico.

E) TEILHARD DE CHARDIN: RECONCILIACIÓN ENTRE LA FE Y LA CIENCIA

Pero nuestra cultura se nutre también de otras tradiciones y valores. De manera particular, el existencialismo dejaba de lado, o atacaba, otras fuentes de valores culturales representados por el saber de la ciencia natural y experimental, y las concepciones místicas provenientes de la tradición religiosa de Occidente, el cristianismo. Un sabio jesuita francés recuperará esos valores y nos dará la versión filosófica más influyente de la tradición católica en nuestros días. Me refiero a la obra del antropólogo y etnólogo, de fama internacional, Pierre Teilhard de Chardin (†1955).

Teilhard de Chardin parte de la visión que del mundo o del universo nos ofrece la ciencia, pero no para hacer ciencia, sino una honda reflexión metafísica. Para eso, Teilhard ve el universo como un todo, como un fenómeno unitario del que extrae una ley: “la ley de la complexificación-conciencia”. Es decir, el Universo está en devenir, pero ese devenir a que está sometida la materia y estructura fundamental de lo real no es al azar, sino que tiene un sentido o teleología. La materia va de lo menos complejo a lo más complejo. Pero complejo no significa solamente una categoría cuantitativa, sino sobre todo cualitativa. Complejidad no es un montón amorfo, sino una red de estructuras o complejidades, debidamente ordenadas, que conducen a saltos o dinteles que introducen cambios cualitativos. Así la complejificación de la materia desemboca en el salto cualitativo de la aparición de la vida. El desarrollo de la vida conduce finalmente al perfeccionamiento del sistema nervioso central y al crecimiento y perfeccionamiento del cerebro que, en un momento dado, da el salto de la razón o, pensamiento autorreflexivo, y, con ello, aparece el hombre. La reflexión no es sólo un saber, sino un saber que sabe, un saber consciente de sí.

El mundo de lo específicamente humano Teilhard de Chardin lo llama “noosfera” o mundo del espíritu. La noosfera es la superación o estadio superior de la biosfera o mundo de la vida sin reflexión. Con la noosfera, la tendencia volitiva se encamina por su máxima adquisición: el pensamiento autoconsciente. La noosfera nos revela la tendencia última del Universo a través del hombre como búsqueda de realización plena, como tendencia hacia un Ser Supremo Trascendente que Teilhard llama “Punto Omega”. Dios nos aparece así no como causa eficiente, sino como causa final, como tendencia o sentido último hacia lo cual conduce toda la evolución del Universo, como un vector que da sentido al movimiento, como una flecha que señala una meta.

Pero ese punto Omega es trascendente y misterio. El hombre en la vida necesita una orientación, una manifestación visible e histórica de que hay un sentido último y definitivo de la evolución. El hombre necesita una garantía absoluta de esa verdad trascendental y

última hacia la cual se dirige. Ese acontecimiento histórico, signo visible y tangible de la veracidad del sentido trascendente de la evolución, Teilhard lo encuentra en la persona histórica de Cristo, de modo que el sentido de la humanidad desde la venida de Cristo es hacia una mayor cristificación: la noosfera culmina en la Cristosfera como preludio de la plena identificación con el Punto Omega como culminación del proceso evolutivo, tanto del Universo como de la historia humana.

Análisis científico, reflexión filosófica y experimentación mística hacen del pensamiento de este jesuita, sabio y sacerdote a la vez, la culminación de la más profunda tradición espiritual y humanista de occidente que condensa en sí los dos valores a que nuestra civilización más apego ha mostrado: la racionalidad experimental y analítica de la ciencia, y la dimensión mística hacia lo Trascendente, ambas fundando una valoración ética y científica del humanismo.

F) CONCLUSIÓN

Vieja de XXVII siglos, nuestra cultura nos ha mostrado una constante búsqueda indeclinable del sentido de la existencia, de intento de responder a la pregunta por el ser del hombre, por el sentido de su existir. El largo recorrido histórico de la civilización ha mostrado, en recónditos meandros, una búsqueda constante del ser del hombre, de su valoración. A través de todos los vericuetos de la historia, el hombre trata de encontrarse a sí mismo e intenta toda suerte de preguntas y respuestas. El camino no ha terminado porque comienza con cada uno de nosotros y sólo tiene como respuesta la vida misma que llevemos. El libro de la vida sólo contiene las páginas que allí hayamos escrito. Quizás lo aquí reflexionado no nos satisfaga. Tal vez nos quede el consuelo de saber que posiblemente la aventura del hombre no ha hecho sino comenzar...

ESQUEMA-RESUMEN

La filosofía contemporánea se inicia con el aporte ingente del filósofo alemán Emmanuel Kant, quien distingue entre la existencia de seres como realidad en sí, que nos es dada por la experiencia de los sentidos, y la comprensión de los mismos, que proviene de nuestra conciencia subjetiva. Esto hace que por nuestra razón no podamos remontarnos a las verdades eternas de la metafísica, pero sí lo podemos hacer a través de la experiencia ética del deber.

Al descubrir Kant lo propio del hombre como libertad o creatividad, abre el camino hacia los grandes sistemas del idealismo alemán: Fichte, Schelling y Hegel. Cada uno parte de un aspecto específico de la obra de Kant. Fichte parte de su ética y define al hombre como una voluntad que se supera sin cesar al remontar dialécticamente los obstáculos que se interponen a su voluntad de liberación. Schelling es el gran filósofo del romanticismo que ve en el arte poético y en la mística el encuentro con el Ser como Verdad inefable y sólo expresable mediante el símbolo.

Hegel construye el mayor sistema filosófico de Occidente, renueva la dialéctica en un intento por explicar todo el proceso histórico que ha dado origen a nuestra cultura. Su filosofía tendrá una influencia decisiva en el futuro. Partiendo de la dialéctica de Hegel, Marx y Engels crearán el materialismo dialéctico que tiene como fin poner las bases científicas de la revolución de nuestros tiempos: la revolución del proletariado que pondrá fin a la explotación capitalista. Por su parte, Comte crea la sociología como ciencia de la conducta colectiva del hombre, recurriendo

a los métodos de la ciencia experimental.

Reaccionando contra esas corrientes que parten del valor de la razón y de la ciencia, el danés Kierkegaard reivindica la tradición religiosa, ve al hombre como pecador y crea un método filosófico de análisis de la experiencia existencial. Finalmente, Nietzsche, a finales de siglo, lanza un grito de crítica radical a todos los valores establecidos y propone un nuevo tipo de hombre: el superhombre, basado en la muerte de Dios y la voluntad de poder.

Ya en nuestro siglo, Freud descubre el subconsciente como clave para explicar no sólo la conducta patológica de los hombres, sino su vida privada, su moral y la cultura toda entera. Husserl crea el método fenomenológico para desvelar el sentido del actuar y crear humanos, método del que parten los grandes sistemas filosóficos existencialistas: Heidegger y Sartre. Heidegger hace la descripción de la experiencia existencial fundante del ser del hombre como ser-en-el-mundo, como ser-para-la-muerte y como ser-con-el-otro. Sartre, por su parte, denuncia la cosificación del hombre contemporáneo y ve en la mirada la experiencia existencial primigenia de toda violencia.

Finalmente, y retomando a la tradición religiosa del cristianismo, Teilhard de Chardin reconcilia fe con ciencia, y ve en la evolución del cosmos y en la historia de la civilización un sentido ascendente hacia Dios concebido como "Punto Omega" a través de una cristificación de la humanidad.



EJERCICIOS DE AUTOEVALUACION

- ¿Cuál es la función crítica que Kant atribuye a la filosofía?
- 2 ¿Cómo concibe Fichte al hombre?
 - 3 ¿Por qué el arte y la experiencia mística son las formas superiores del saber humano para Schelling?
 - 4 ¿Cómo concibe Hegel al ser humano como ser histórico?
 - 5 ¿Cómo concibe Marx al hombre?
 - 6 ¿Qué importancia da Comte a la sociología?
 - 7 ¿Por qué se ve en Kierkegaard al padre o precursor inmediato del existencialismo moderno?
 - 8 ¿Que entiende Nietzsche por “superhombre”?
 - 9 ¿Qué papel atribuye Freud al “subconsciente”?
 - 10 ¿Qué entiende Husserl por suspensión del juicio, o puesta entre paréntesis o “reducción”?
 - 11 ¿Cuál es la experiencia existencial primigenia para Heidegger?
 - 12 ¿Qué valor atribuye Sartre a la “mirada”?
 - 13 ¿Qué entiende Teilhard de Chardin por “ley de la complexificación-conciencia”?

LECTURAS Y BIBLIOGRAFÍA DE APOYO

Libros sobre historia y cultura de la época contemporánea:

- *Historia universal del siglo XIX*:
 - Tomo 26: La época de las revoluciones europeas (1790-1848).
 - Tomo 27: La época del imperialismo (Europa 1885-1918).
 - Tomo 28: La época de la Burguesía.
- Domenach, Jean Marie: *El retorno de lo trágico*, ediciones Península, Barcelona, 1969.
- Picon, Gastan: *Panorama de las ideas contemporáneas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1965.

Sobre historia de la filosofía,

- Belaval, Ivon y otros: *Historia de la filosofía*:
 - Tomo 7: La filosofía alemana de Leibniz a Hegel.
 - Tomo 8: La filosofía en el siglo XIX.
 - Tomo 9: Las filosofías nacionales (siglos XIX y XX).
 - Tomo 10: La filosofía en el Siglo XX.

Ediciones siglo XXI, México.

- Löwith, Karl. *De Hegel a Nietzsche*, ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1968.
- Stegmüller, Wolfgang: *Corrientes fundamentales de la filosofía actual*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1967.